

CARMEN MOLA



EL
INFIERNO

 Planeta

Carmen Mola



El Infierno

EL INFIERNO
—
PRIMER CÍRCULO

—¿Quieres ser tan poderoso como la reina? Nunca vas a tener palacios ni joyas o ejércitos, pero sí puedes ser como ella. Incluso más. Quítale la vida a alguien, a un gato, a uno de esos ropavejeros que no saben ni su nombre, quítasela despacio, que sepa que te la estás llevando, y en su mirada verás que, en ese momento, para esa persona, eres más que la reina, eres más que Dios.

Estábamos sentados en las escaleras de la iglesia de San Sebastián, dos niños de unos diez o doce años —nunca he sabido con exactitud en qué año nací— que esperaban la salida de misa para pedir unas monedas. Fantaseábamos con abandonar los harapos de huérfanos y no solo tener un plato de comida caliente al día, sino un carruaje tirado por caballos árabes, un castillo, un país, cuando él, con la mirada traviesa, me confesó cómo podría ser aún más grande que la reina. Mi memoria ha regresado muchas veces a aquel Madrid que boqueaba exhausto tras el cólera, mísero y sucio, arrastrándose a los pies de unos pocos que refulgían como emperadores bañados en oro. A aquellas palabras. Habrían de pasar muchos años hasta entender que no tenían nada de inofensivo.

Mi vida, errática y equivocada, me sacó de aquel Madrid, me dejó olvidado en un convento de Calatrava donde, a pesar de los monjes —fieras que usaban a aquel niño y

después adolescente como a un mulo de carga—, aprendí las letras y a tener el valor necesario para huir. Todavía era ajeno a que ese sería el signo de mis días: la huida, siempre inútil, porque el cobarde nunca logra escapar del todo, y yo no soy otra cosa que un cobarde al que persiguen el miedo y la culpa, como ese ojo sin párpado del relato de Philarète Chasles, pegado a mi espalda, observándome.

No pretendo erigirme en protagonista de nada, ni siquiera del viaje al infierno que es mi vida; no merece la pena detallar las vicisitudes que me trajeron a esta isla de las Antillas, como tampoco importa mi nombre.

Hay tantos nombres que, algunos, los quiero olvidar, y los que recuerdo prefiero omitirlos. Me falta el valor ciego de los héroes, ese que no mide las consecuencias. Solo consignaré uno aquí: Santa Catalina de Baracoa. Un nombre que también es una historia. La de un navío, un barco fantasma que fue hallado en 1852, en la ensenada de Cochinos, en Cuba.

Según contaban, dos pescadores criollos y analfabetos de la Ciénaga de Zapata fueron quienes lo encontraron: Anatael y su hijo Bardo. Decidí buscarlos, averiguar si podía haber alguna relación entre ese barco fantasma y el lugar que había destruido mi vida.

Conocí a Bardo en una choza insalubre donde el joven pescador se había instalado lejos del mar, todavía atemorizado, como si viviera en la mañana posterior a la pesadilla. Me dijo que ese mismo miedo fue lo que se llevó la vida de su padre, que si pudiera abandonaría Cuba, que cualquier rincón del mundo sería mejor que esta isla donde habita el demonio. Pensé contestarle que cuando el demonio pisa tu sombra no hay donde huir, pero de nada habría servido avivar las brasas de su terror.

Bardo se encontró con su padre en la playa Larga, en

el alba de un día de junio de 1852. Anatael ya había preparado las redes. Como muchas otras mañanas, el chico llegaba tarde. La noche anterior se había dejado llevar por el baile y el aguardiente en una tienda de adobe donde los jamones y chorizos colgados del techo hacían el aire tan espeso como la leche. Esa mañana en la que el sol se resistía a despuntar —y nunca lo hizo, me dijo Bardo, como si el astro hubiera preferido no ver lo que sucedía a sus pies— no quiso discutir con su padre y encajó en silencio los reproches.

Todavía no habían superado el primer cayo cuando vieron aparecer una barca. Cabeceaba encallada entre los corales que bordean el este de la bahía, ocultos y peligrosos para cualquier navegante extraño, y eso fue lo primero que pensaron cuando llegaron hasta ella: abandonada, rota en el costado de babor, supusieron algún naufragio, que sus ocupantes habrían saltado al mar, la tierra no estaba lejos y se podía alcanzar a nado. Pero ¿de dónde venía esa barca? En la aleta leyeron una inscripción, «Santa Catalina», y Anatael aventuró —con acierto— que esa barca bien podría ser el bote de salvamento de alguno de los clípers que, a veces, guarecidos por la noche, atracaban en esas playas a las que nadie prestaba atención para entregar una mercancía prohibida.

«Debimos dar la vuelta entonces», se lamentaba Bardo cuando estuve con él. Una vez en la aldea, habrían buscado a un guardia civil, alguna autoridad a la que transmitir el hallazgo y, así, salir de esta historia como unos actores secundarios. Pero no lo hicieron, se adentraron en el mar de las Antillas porque su padre estaba decidido a no regresar hasta que llenaran las redes de pargos o de tilapias rojas. La silueta del Santa Catalina se dibujó como una grieta en el muro gris que era el cielo aquella mañana.

Remaron hasta el pecio, un clíper de tres palos, con velas cuadradas y al menos cuarenta y cinco metros de eslora; un verdadero galgo. Aunque ya estaban de moda los barcos propulsados a vapor, los clípers mantenían su vieja dignidad a la hora de cruzar el Atlántico. La elegancia del Santa Catalina se desvaneció cuando estuvieron más cerca: el palo mesana quebrado, las velas rasgadas incapaces de cobijar al viento, y un silencio absoluto mientras trepaban por la escalerilla, un silencio opresivo y preñado del olor a carne putrefacta.

Bardo se tapó la nariz y la boca nada más pisar la cubierta. ¿De dónde venía el hedor? Ni siquiera el mar era capaz de tapanlo, se imponía a todas las cosas, ácido y penetrante, se clavaba dentro de él. A Anatael, sin embargo, parecía no afectarle. Gritaba de un lado a otro mientras recorría una cubierta desierta y herida por una supuesta tormenta, sin rastro de tripulación.

Las velas caídas entre los palos mayores estaban teñidas de rojo y, al levantarlas, Bardo descubrió la fuente de la pestilencia. Cuerpos blancos se amontonaban con los de algunos negros semidesnudos; diez, quizá más, me dijo Bardo, no llegó a contarlos, todos tiznados de sangre reseca, las heridas abiertas de cuchillos, de disparos, verdeaban como la fruta que revela la podredumbre interior a través de una aureola de su piel. Se apartó entre náuseas y buscó con la mirada la paz en el mar. Anatael lo abrazó. «Un motín», le dijo su padre, el Santa Catalina tal vez transportaba esclavos, no sería el primero que depositaba esa mercancía en la bahía de Cochinos, aunque ambos sabían que diez o doce negros no podían ser toda la carga de un clíper como ese.

¿Por qué los cadáveres estaban amontonados en el mismo lugar y no esparcidos por la cubierta como habría sido lógico si allí se hubiera vivido una batalla? Buscaron

algún superviviente. Llegaron al castillo de proa, al camarote del capitán. Miraron dentro sin esperanza, como habían mirado en todas partes. El naufragio parecía haber afectado también a los objetos: un catalejo, un mapa, la mesa, estaban preparados para sumergirse en las aguas y dejarse amortajar por los corales, para que los peces fueran sus nuevos dueños. «No mires», le dijo su padre, pero Bardo, como siempre que oímos una orden así, hizo lo contrario.

En una silla, atado a los reposabrazos, estaba el capitán, así lo atestiguaba su indumentaria. En un primer vistazo, Bardo pensó que estaba vivo, sus ojos abiertos, su rictus, no eran los de un cadáver, sino más bien los del enfermo que pone toda su energía para contener el dolor. Un hilo de sangre le caía por la frente. «Vete, sal de aquí», le ordenó Anatael, y le habría gustado hacerle, pero su cuerpo no obedecía. Al capitán le habían arrancado la tapa del cráneo —después se daría cuenta de que estaba a sus pies, rasurada—, y en el cerebro —pues eso debía ser la masa sanguinolenta que podía ver— le habían clavado dos palos finos, como ramas de arbusto, anudados de tal forma que semejaban un crucifijo, pero daba la impresión de que quien fuera su torturador se había entretenido removiendo esa burda cruz, batiendo el cerebro hasta convertirlo en una amalgama viscosa.

Anatael sacó a su hijo a empujones del camarote. ¿Qué demonio es capaz de hacer algo así?, se desesperaba Bardo. No recordaba qué más dijo, pero sus gritos resonaron por todo el barco. Guiándolo de la mano como a un ciego, su padre lo condujo hasta la bodega, donde había identificado unos golpes. Cogió antes un cuchillo que encontró entre los cadáveres; no sabía qué podía haber debajo de la portezuela que, ahora, volvía a ser golpeada con insistencia.

Cuando la abrieron, cientos de ojos y bocas, de rostros negros que apenas respiraban, escuálidos, como muertos venidos de otro mundo, se clavaron en ellos.

«Y, sin embargo, nada de toda aquella pesadilla fue lo que enfermó a mi padre», me reveló Bardo en su choza. «Fue el perro. Un perro negro que no sabíamos de dónde había surgido y que de repente estaba en la cubierta. Ladraba y babeaba como si tuviera la rabia, las patas delanteras bien clavadas en el suelo. Nos miraba y parecía decirnos: vosotros no deberíais estar aquí. Este es mi reino. Os condenaré para siempre por subir a mi barco».

Las historias que se contaron del Santa Catalina se detienen en la horrible muerte del capitán, en el cargamento de esclavos moribundos, y ninguna habla de ese perro. Del animal que Bardo y su padre vieron en la cubierta y que se transformó en obsesión. Anatael creía escucharlo cada noche, temía despertar y encontrarlo junto a su cama. Tanto era su miedo que se convirtió en una enfermedad y, año tras año, lo fue debilitando, porque el miedo también puede matar.

Mi amigo de la infancia, si es que se le puede llamar así, sí sabía de la existencia de ese perro, yo mismo pude verlo más tarde, por eso eligió el nombre de Santa Catalina de Baracoa para su ingenio: para encerrar en esas palabras la historia del barco y hacerla suya. Para homenajear al perro.

Capítulo 1

—¿Está lleno?

—Hasta la bandera.

A Leonor Morell también le gusta atisbar por entre los pesados cortinajes del madrileño Teatro Variedades y mirar hacia la platea, pero no es para comprobar cuánto público asistirá a la función de hoy, como su amiga Pili la Gallarda. *El joven Telémaco*, la obra que representan desde hace casi dos semanas, es un éxito clamoroso, tanto que el fin de semana harán dos sesiones diarias, quizá también una matiné el domingo. Lo que Leonor quiere es asegurarse de que, en la cuarta fila, en la butaca junto al pasillo, como ha sucedido desde el día del estreno, está don Cándido Serra.

—No sé cómo te consiente tanto.

—Porque soy la mejor compañía que puede encontrar en Madrid.

—Y la más cara para tan poco beneficio.

La sonrisa que Leonor dedica a don Cándido se queda suspendida en el aire cuando Francisco Arderius cierra el telón y les ordena que vayan al camerino a prepararse. Ellas —Leonor, Pili y el resto de coristas, las suripantas— se han convertido en el principal atractivo de la función. ¿Quién les iba a decir que les llegaría el éxito con ese extraño nombre: suripantas? Ni siquiera Arderius había soñado

con tanta celebridad. Llegó de París con dos ideas: no solo ser actor, sino también empresario teatral e importar el espectáculo que triunfaba en la capital francesa, para eso creó la Compañía de los Bufos Madrileños.

La crítica ha calificado el género bufo como la apoteosis de la grosería, pero ¿a quién le importa la opinión del crítico? Desde el pequeño Teatro Variedades en la calle de la Magdalena, ha revolucionado la escena madrileña: números musicales ligeros, diálogos llenos de equívocos y dobles sentidos, una escenografía espectacular, aunque nada levanta más aplausos que las procaces suripantas. Los madrileños están locos por ellas: jóvenes y guapas, buenas bailarinas, enseñan un poquito más de lo que se vería en otros teatros: los hombros, las pantorrillas, el inicio del escote... Arderius sabe alimentar la fama de sus chicas: a la entrada del teatro, ha mandado colocar un cartel que anuncia que se prohíben los accidentes y los desmayos por la belleza de las coristas bajo multa de cinco duros.

Una noche más, dibujando un semicírculo en el escenario, Leonor y sus compañeras, vestidas con túnicas que se adhieren a sus formas, despliegan la coreografía y el estribillo —extraño e incomprensible— que enardece al público.

Suripanta, la suripanta
Maca trunqui de somatén
Sun fáríbum, sun fáríben
Maca trúpitem sangasinén.

El aplauso todavía resuena en sus cabezas cuando Leonor y Pili entran, después de la función, en el teatro-café de Capellanes.

—¿Quién puede entender que todo Madrid coree ese sinsentido?

Miguel Ramos Carrión, un joven autor zamorano, se ha unido esta noche al grupo habitual que, junto a Francisco Arderius, Pili y Leonor, acompaña a don Cándido Serra. Es él quien siempre elige dónde cenarán, ya que es también quien se hace cargo de una cuenta que no suele ser pequeña.

—Tal vez deberías preguntarle a Eusebio Blasco de dónde surgió la inspiración, porque tu zarzuela debe tener, como poco, el mismo éxito.

Detrás de un bigote que pretende disimular su juventud, Ramos Carrión se acomoda en la mesa reservada y se queja de la presión que Arderius ejerce sobre sus autores: en el Teatro Variedades no se puede fallar; si una obra no triunfa en las primeras sesiones, rápidamente se retira y otra ocupa su lugar. Es lo que le puede ocurrir a la que él está escribiendo, *Un sarao y una soirée*, una comedia sobre cómo las costumbres francesas se han convertido en las preferidas de la burguesía.

—Querido, ¿por qué no pedimos una de esas botellas de Perrier-Jouët, a ver si el champán ilumina a nuestro joven escritor? Tal vez se le ocurran algunos versos a la altura del griego inventado de Blasco.

Don Cándido Serra es incapaz de negarse a una petición de Leonor. Silencioso, como casi siempre, de una timidez que sorprende en un hombre de su edad —ya ha superado los cincuenta años—, desplaza su figura delgada como un cuchillo entre la parroquia que abarrota el café en busca de un camarero para complacer a su amada, mientras la mesa regresa, bulliciosa y entre risas, a repasar la pasión que un coro tan absurdo levanta entre el público.

—«Suripanta, la suripanta. Maca trunqui de somatén...».

El canturreo de Pili y Leonor llama la atención de otras mesas, en todas partes se conoce la cancioncilla, y algunas

miradas también delatan el deseo al tener tan cerca a dos de esas hermosas coristas.

—¡Felicidad! ¡Felicidad y risas! —aúlla Arderius después de dar cuenta de la primera botella de champán—. Eso es lo que necesita esta ciudad. Madrid lleva lamentándose de su reina, de la miseria y de nuestros políticos demasiado tiempo. Necesitamos disfrutar de un poco de espectáculo, que la vida se nos escapa entre tanta lágrima. ¿Tengo o no razón, amigo Cándido?

—Yo seré el primero en añorar estas noches cuando salga para La Habana.

—Pero ¿ya está pensando en su marcha?

Leonor se acoda en la mesa, sujetándose los mofletes con los puños, como una niña enfadada. Sabe cuándo dedicar todo su interés a Cándido, cómo atraer su atención para que él se sienta como si estuvieran solos en el Capellanes. Como si ella lo necesitara.

—Las negociaciones con el Gobierno están terminando, aunque eso no signifique que los hacendados que hemos venido de las Antillas estemos contentos con el resultado: los impuestos siguen siendo demasiado elevados.

—Para sacarle algo a nuestra reina —interviene Ramos Carrión—, tiene que disfrazarse de monja, como sor Patrocinio, o tener los bigotes de Carlos Marfori, aunque en ese caso puede que acabe usted en su cama, y yo preferiría pagar impuestos antes que sufrir ese trance.

Ríen las bromas mientras una nueva botella de champán llega a la mesa. Leonor teme que, desde las chanzas habituales contra la reina, la conversación derive en temas más serios, como Prim y su exigencia de libertad o las frecuentes asonadas militares que pretenden derrocar el régimen de la reina Isabel II, pero, por suerte, Franconetti, un cantaor medio gitano medio italiano, tan corpulento que antes se ganó la vida de picador, sube al escenario del

café. La enésima queja de Arderius contra la reina se apaga bajo los compases de una seguriya.

«Ha puesto el cante al nivel de la ópera», oye decir Leonor en otra mesa. Después de diez años por América, en Argentina y Uruguay, Silverio Franconetti ha vuelto a España y, ahora, su voz impone un silencio devoto en la tumultuosa clientela del café Capellanes.

Leonor siente que el cantaor ha logrado crear un mundo nuevo, distinto a la realidad, una burbuja cuyas paredes son sus lamentos y el rasgueo de la guitarra que le acompaña, una burbuja donde ellos están suspendidos, y piensa que, si algo puede ser considerado arte, es la voz de Franconetti. Todo el mundo en el café parece presa de la misma comunión, salvo Cándido Serra. A Leonor le molesta descubrirlo mirándola con fascinación, tal y como ella escucha al cantaor; le sonrío como quien se postra ante una Virgen. Ella intenta olvidarlo, disfrutar como antes de la música, pero le resulta imposible. La pleitesía que Cándido le rinde desde que la conoció le hace sentirse mal: ha estado jugueteando con él, dándole falsas esperanzas para disfrutar de su posición, de su champán y de sus invitaciones a los mejores restaurantes.

Son las tres de la madrugada cuando abandonan el café. Francisco Arderius se ha despedido, pero han logrado convencer a Franconetti de que los acompañe a la habitación de Cándido Serra en el Grand Hôtel de París. Otros clientes del Capellanes se han sumado al grupo, llevados por la tentación de seguir escuchando al cantante en una juerga flamenca particular y, también, por la de conocer los interiores del hotel más lujoso de la capital, en plena Puerta del Sol.

El vino y el champán que continúan bebiendo logran espantar la mala conciencia que Leonor tuvo en el café, y, desinhibida, baila y ríe, subida a la cama con Pili, junto a

unos hombres cuyos nombres no conoce y que se sienten afortunados al cogerla de la cintura en uno de los pasos de baile, mientras Franconetti y su guitarrista convierten la habitación de Cándido en una de esas cuevas donde, según dicen, los gitanos cantan y bailan hasta el amanecer.

La noche empieza a clarear cuando Leonor sale a uno de los balcones para tomar aire. Sudada y algo borracha, da una calada a un cigarrito. A sus pies, la Puerta del Sol, mucho más amplia ahora, después de varios años de demoliciones de edificios: la fuente en el centro levanta el agua a más de treinta metros de altura. Aquí y allá, pordioseros, jugadores que regresan a sus casas con los bolsillos vacíos, hambre.

—Apenas hemos tenido ocasión de charlar.

Cándido se acoda en el balcón a su lado. No parece cansado a pesar de la noche en vela, tampoco afectado por la bebida.

—En realidad, no tengo mucho que decir.

—Con saber un poco más de tu vida, me conformo.

—Soy la hija de un barbero y una lavandera que cantaba como los ángeles. De ahí me viene el gusto por la música, por el teatro, y —fingiendo una voz grave, de malvada de cuento— por rebanar pescuezos.

Leonor ríe con una alegría que sabe que puede derribar cualquier enfado de Cándido.

—La última vez, tu padre era mesonero y tu madre había fallecido al darte a luz.

—Hoy me apetece más ser la hija del barbero y la lavandera cantante.

Cándido puede detectar un poso de tristeza en Leonor que, incómoda por su desmentido, ha dejado de reír. Se abraza a sí misma, protegiéndose de una corriente fría de aire que trae el alba. Puede que ese misterio que es la propia Leonor sea lo que atrapó a Cándido desde el primer

día, no solo su belleza. Suena un estruendo lejano que reverbera en la ciudad, un trueno, piensa ella, el anticipo de una tormenta.

—Me encantaría que alguna vez me acompañaras a dar un paseo por los Campos Elíseos —murmura él a su espalda—, así podría disfrutar de tu compañía a la luz del día.

Pili se coge del brazo de Leonor cuando abandonan el Grand Hôtel de París. La borrachera apenas le permite mantenerse en pie y tampoco pone traba alguna a sus pensamientos.

—Y luego querrás que no digan que las suripantas somos unas frescas. Mira lo que estás haciendo con el pobre Serra. Va a regresar a Cuba con los bolsillos llenos de telarañas y ni un beso que llevarse de recuerdo.

—Es un anciano, Pili, no voy a darle ningún beso. Además, ¿por qué íbamos a complicar las cosas? Nos lo pasamos bien, ¿verdad? Pues de eso se trata. Felicidad y risas, como dice Arderius.

Unos caballos irrumpen al galope por la calle Mayor. Tan pronto se giran, sorprendidas por el estrépito, ven cómo los guardias civiles descargan sus escopetas contra un grupo de gente que se arremolinaba en la Puerta del Sol. La sangre de algunos pintarrajea el aire mientras los gritos y el escándalo de otros que están sacando muebles viejos de no se sabe dónde, amontonándolos como barricada tras la que guarecerse, se mezcla con aquellos truenos que escuchó desde el balcón, que se repiten y que, ahora se da cuenta, no avisaban de ninguna tormenta, sino que eran cañonazos y lo que presagiaban era una batalla campal.